

dolo profundamente en la cama dentro de sí, volvió finalmente al confesor bien dispuesto para admitir cualquier penitencia. Lo mismo sucedió á otro, que despues de haber confesado con el Papa casos gravísimos, y diciendo que no podia ayunar, ni traer cilicios, ni hacer otras cosas de aspereza: Su Santidad, habiéndolo encomendado á Dios, le dió un anillo en que estaba escrito: *Memento mori*; acuérdate que te has de morir; con cargo de que siempre que le mirase leyese las letras, y se acordase de la muerte. Dentro de pocas horas la memoria de esto le dió tales y tantas vueltas al corazon, que se ofreció á cumplir cuanto el Papa le mandase. Por esto mismo, parece mandó Dios al profeta Jeremías que se fuese á la casa de un alfarero, y allí oyese sus palabras. Bien pudo enviar el Señor á su Profeta, para hablarle, á otra parte mas limpia y no tan cerca del lodo, en el cual habia muchos hombres ocupados; pero hizo esto con particular misterio, para darnos á entender que á la presencia de los sepulcros, donde está el lodo de nuestra naturaleza, como en la casa del alfarero, es muy á propósito que nos hable Dios para oír mejor su palabra con la memoria de la muerte. Por esta causa procura el demonio hacer que nós olvidemos de ella; porque ¿qué otra cosa puede ser que la sospecha sola de alguna pérdida ó daño notable suele quitar el sueño á los hombres, y que la certeza de la muerte, que es de las cosas terribles la mas terrible, no nos dé cuidado?

CAPÍTULO II.

Notables condiciones del fin de la vida temporal.

Fuera de la miseria á que viene á parar toda la felicidad del mundo, tiene otras notables condiciones el fin de nuestra vida muy dignas de considerarse para despreciar todos sus bienes. Ahora principalmente diremos tres: La primera, ser la muerte infalible; porque sin remedio ha de ser; la segunda, ser incierta, porque no se sabe cuándo ni cómo haya de ser; la tercera, ser única, porque no se puede probar segunda vez á morir, para enmendar con la segunda muerte lo que salió mal de la primera. Cuanto á la certidumbre é infalibilidad de la muerte, conviene mucho que nos la persuadamos; porque así como es infalible que la otra vida no ha de tener fin, así lo es que esta le ha de tener: y como los miserables condenados están desesperados de hallar término en sus tormentos, así hemos de estar prácticamente desesperados de que los contentos de esta vida hayan de durar. No ha hecho Dios ley mas inviolable que la de la muerte; porque con haber dispensado en otras leyes, y atropellado varias veces con los fueros de la naturaleza, no ha dispensado ni dispensará con la ley del morir, antes ha dispensado con otras

leyes para que con esta no se falte; y no solamente se ha ejecutado esta sentencia de morir, en los que deben morir, pero tambien en quien no debia. En la concepcion de Cristo se rasgaron las leyes tan asentadas de la naturaleza, como son nacer los hombres de la propagacion de otros hombres, y rompiendo la integridad de las madres; pero porque esto no sucediese en Cristo, hizo Dios dos milagros estupendos, violando las leyes naturales, para que su Hijo naciese de Madre Virgen. Mas estuvo tan léjos de exceptuarle de la ley de la muerte, que no perteneciéndole á él, pues era Señor de la ley, y carecia de todo pecado, aun del original, por el cual contrajimos la ley del morir, antes debiéndose á su cuerpo santísimo la inmortalidad y los cuatro dotes de gloria, pues su alma benditísima gozaba de la vision clara de la esencia divina, con todo eso no le quiso cumplir este derecho, é hizo milagros suspendiéndole con su omnipotente brazo los dotes de la gloria del cuerpo, que le habian de resultar de la gloria del alma; todo para que muriese. De manera que guarda Dios la ley de la muerte con tal rigor, que haciendo milagros porque no se guarden las leyes de la naturaleza en otras cosas, no los hace porque no se guarde la de la muerte, aun en quien no la merecia ni la debia: y ya que el Hijo de Dios tomó sobre sí la redencion del género humano, por lo cual convenia á su grande caridad morir muerte de cruz, faltando en su santísima Madre esta razon, y con no deber ella morir por causa del pecado original, pues careció de él, y habiéndola privilegiado en otras muchas cosas, no quiso exceptuarla en la ley inviolable del morir. Pues ¿qué encanto es este que con ser tan cierta la muerte no lo acabamos de entender y persuadirnoslo? Morir tienes, persuádete á ello: ley irrevocable es esta, sin remedio morirás. Tiempo vendrá en que estos ojos con que esto lees estén quebrados y sin sentido, y esas manos que ahora meneas estarán sin movimiento ni vida, y ese cuerpo que tan ligeramente mueves á una parte y á otra ha de estar frío y yerto, y esa boca con que hablas ha de estar sin aliento ni espíritu, y esas carnes que ahora regalas han de estar deshechas y comidas de gusanos asquerosos. Infalible cosa es que ha de venir tiempo en que estés cubierto de tierra, hediondo tu cuerpo, manando asquerosos gusanos, mas horrible á los sentidos que un perro muerto que está podrido en un muladar. Tiempo vendrá en que estarás olvidado de los hombres como si nunca hubieras sido, y te pisarán los que pasaren por encima, sin acordarse que ha nacido tal hombre. Considera esto, y persuádete á tí que has de morir como todos. Lo que ves que ha pasado por tantos cree que por tí ha de pasar. Tú, que ahora tienes miedo de los muertos, has de estar muerto. Tú, que tienes asco de ver en una sepultura abierta los huesos de otros medio podridos, has de estar todo hecho gusanos y corrompido entre siete palmos de tierra. Piensa un rato en esto, mirándote despacio cómo estarás cuando muerto, y te servirá esta consideracion para gran desengaño de tu vida y desprecio de tus bienes.

Verdaderamente es tal la muerte, que aunque fuera solo contingente, y no cierto el morir, nos habia de hacer andar muy solícitos y cuidadosos. Si Dios hubiera criado el mundo lleno de hombres, y antes que supieran que hubiera muerte cayera uno sin pensar malo de tabardillo, y padeciera á vista de los demás todos los accidentes de aquella enfermedad; los calenturones que le llevaban, y causaban ansias y congojas mortales, la sed que le abrasaba, la inquietud y vuelcos que daba, el frenesí que le sacaba de juicio, la flaqueza y asco de la enfermedad, y últimamente le viesen todo desfigurado agonizar con la muerte, y dando la última boqueada, quedar su cuerpo pálido, frío é inmovible, quedarían todos asombrados de aquella miseria, la cual les pareciera mayor cuando despues de tres ó cuatro dias empezaba el cadáver á oler mal y corromperse, llenándose de gusanos y hediondez: sin duda les cayera una tristeza mortal, temiendo otra suerte semejante; y aunque Dios les dijera: No quiero que mueran todos los hombres, yo me contento que mueran algunos, y no revelase cuáles habian de ser, sino que lo dejase incierto, bastaba esto para que todos temblasen y anduviesen muy despiertos y solícitos, temiendo cada uno no fuese aquel á quien hubiese de caer aquella desdicha. Pues si en este caso, estando incierto el morir, temblaran todos con solo que podían morir, ahora que es infalible que todos hemos de morir ¿por qué no estamos con cuidado? Si dudosa solamente la muerte es para temblar, ¿cómo siendo cierta no nos hace temer? Y aunque dijese Dios: Solo un hombre de cuantos viven en el mundo ha de morir, pero no declarase quién fuese, temerian todos; pues ¿por qué ahora no temes tú, pues todos han de morir, y tú quizá primero que ninguno? Y si Dios declarase quién habia de ser el que muriese, y viviese tan descuidado como tú vives, ¿qué dirían los demás hombres? ¿Qué espantados estarían de tu descuido y temeridad, que una cosa tan terrible despreciabas? ¿Qué te dijeran? Sin duda te darían voces: Hombre que te has de volver en polvo, ¿cómo vives así? Hombre que has de ser comido de gusanos, ¿cómo te regalas? Hombre que has de parecer ante el tribunal de Dios, ¿cómo no piensas en la cuenta que te han de tomar? Hombre que se han de acabar contigo todas las cosas, ¿por qué haces caso de ellas? Nosotros sí que hemos de vivir siempre, bien podemos edificar casas, procurar hacienda, porque no tenemos mas que esta vida, y nos ha de durar siempre. Pero tú que estás en esta vida de paso, que la has de dejar mañana, ¿quién te mete en edificar casa? ¿Quién te mete en cuidados y solicitudes? ¿Para qué cuidas de esto temporal que no lo has menester? Cuida de la otra vida, á donde has de ir á parar. Tú, tú eres el que Dios ha determinado que muera; ¿por qué no lo crees? Y si lo crees, ¿por qué te huelgas? ¿Por qué vives tan de asiento donde no le has de tener? Déjate de cuidados de la tierra, y mira á dónde has de ir. Tú no habias de vivir entre nosotros, sino irte á un yermo para disponerte para el trance terrible que te aguarda.

Hágase, pues, cada uno esta cuenta, y diga: Yo soy el que tengo de morir, y resolverme en polvo. Este mundo no habla conmigo, el otro se hizo para mí; y así solo de la otra vida tengo de cuidar. De paso estoy aquí, por lo cual tengo de mirar por lo eterno, donde tengo de ir á parar. Cierto, cierto es que ha de venir la muerte y arrebatarme: quiero tratar solamente de disponerme para tan duro golpe; y pues ningun hombre me ha de poder librar de él, quierò servir á aquel Señor que solo me podrá salvar en peligro tan cierto. Bien á propósito es para desengaño nuestro la historia que recopiló Juan Mayor (1). Sirvió fidelísimamente por muchos años cierto soldado á un marqués, á cuya causa le habia cobrado un amor grande. Dióle al soldado la última enfermedad; cuando su amo el marqués tuvo de ello noticia, vino luego á visitarle acompañado de buenos médicos, y le preguntó de su salud, diciéndole muchas palabras de consuelo y grandes caricias, y se le ofreció para cuanto fuese necesario para su alivio y salud, rogándole que lo pidiese todo, porque sin reparar en gasto ni trabajo se le acudiría con grande liberalidad. Y como le importunase mucho sobre que pidiese algo, el enfermo le dijo: Que le hiciese merced de una de tres cosas: ó que diese traza cómo se escaparía de la muerte que ya tenia delante; ó que si quiera se le mitigasen los dolores grandes que padecía por espacio de una hora, ó que si partía de esta vida que por una noche no mas le hiciese dar una buena posada. Respondióle el marqués: Que esto solo á Dios pertenecía: que le pidiese cosas de la tierra factibles, y le acudiría de muy buena gana. De esta manera (replicó el enfermo) he perdido yo mi trabajo, y cuantos servicios os he hecho en el discurso de mi vida han sido en balde y de poco fruto; y volviéndose á los que se hallaron presentes, les dijo con grande sentimiento y lágrimas de sus ojos: Hermanos, atended cuán vanamente he gastado el tiempo, siendo él una joya tan preciosa, en servir á este amo, obedeciendo á sus mandatos con tanto cuidado y con tan grandes peligros de mi alma, que es el mayor dolor que en este punto siente mi corazón: mirad cuán poco es su poder, pues por espacio de una hora sola no tiene poder para valerme en tantas angustias y penas. Por tanto amonéstoos, hermanos, que abrais los ojos con tiempo, y mi yerro os sea escarmiento para que os guardéis de un peligro tan notable, y procureis en este mundo servir á un señor tal, que no solo os pueda librar de estas presentes angustias, y guardar de los males futuros, sino que tambien sea poderoso para coronaros de gloria en la otra vida. Y si el Señor fuese servido por medio de vuestras oraciones de darme salud, yo prometo de no ocuparme mas en servicio de un amo tan flaco y pobre para remunerar sus servicios, sino que mi total empleo y esfuerzo ha de ser servir á quien es poderoso para ampararme á mí y al mundo universo con su divina virtud. Con este gran-

(1) Joan. Major ex Alexandr. Faya, tom. 2.

de arrepentimiento murió, dejándonos ejemplo de cuán con tiempo habemos de procurar aprovechar el que Dios nos da para merecer los premios eternos.

§ II.

Vengamos ahora á la incertidumbre que tiene la muerte cuanto á sus circunstancias; porque cuanto es cierto que hemos de morir, tanto es incierto el modo como hemos de morir. No hay cosa tan sabida como que vendrá sobre todos la muerte, y no hay cosa menos entendida que cuándo y cómo ha de venir. ¿Quién sabe si ha de morir viejo ó mozo, si de enfermedad ó de un rayo, si de pesadumbre ó á puñaladas, si de repente ó de espacio, si en el poblado ó en desierto, si de aquí á un año ó el día de hoy? Siempre tiene la muerte abierta la puerta, siempre está este enemigo en celada, y cuando menos se piensa nos saltará. No sé cómo hay hombre que se descuide en prevenirse para este peligro que siempre amenaza. Miremos cómo se guardan las cosas temporales, aun cuando no corren riesgo. Á las ovejas guardan siempre los pastores, prevenidos con perros veladores, aunque no crean que haya de venir el lobo; solo porque puede venir. Las ciudades muradas se guardan con fuertes presidios, aun en tiempo de paz, cuando no se teme enemigo; solo porque en algun tiempo vino, ó podia venir. Pero ¿cuándo hay seguridad de la muerte? ¿Cuándo podemos decir: Ahora no vendrá? Pues ¿cómo no nos prevenimos para peligro tan peligroso? En las ciudades de fronteras siempre hay centinelas que velan toda la noche, aun cuando no parece el contrario, ni se teme asalto; ¿por qué no estamos siempre velando, pues nunca nos podemos asegurar que no nos ha de asaltar la muerte? Si uno sospechara que habian de venir ladrones á su casa, velara toda la noche, porque en ninguna hora de ella le cogieran durmiendo. Pues no siendo sospecha, sino evidencia, que has de morir, y no sabes cuándo, ¿por qué no velas siempre? Mira cuánto va de la hacienda á tu ánima, de las riquezas temporales á las eternas, que perderás si la muerte te coge descuidado. En continuo peligro estamos, y así debemos estar en continua vela. Bueno es tener siempre hechas las cuentas con Dios, pues no sabemos si nos llamará tan aprisa, que nos dé lugar de hacerlas. Bueno es jugar á lo mas seguro, y estar siempre en gracia de Dios; pues si no lo estamos, está pendiente nuestra eterna condenacion tan solo de un hilo. ¿Quién quisiera estar en este peligro, que estuviese colgado de un bramante en tal parte, que en quebrándose habia de dar en un profundo despeñadero, donde se hiciera pedazos? Este, ó, por mejor decir, mucho mayor peligro corre á quien está en pecado mortal: pendiente está sobre el infierno del hilo de la vida, que es un estambre tan delgado, que no digo un cuchillo, pero el viento le puede cortar, y el vaho de un enfermo le rom-

pe. Asombro es el riesgo que corre quien está una Ave María en pecado grave, pues le sobrará á la muerte tiempo para hacer su tiro, porque el tiempo de una palabra y un cerrar y abrir los ojos le basta. ¿Quién estando desnudo y sin armas entre muchos enemigos pudiera reirse y estar contento? Entre tanto tropel de enemigos está el hombre, como son los caminos por donde puede sucederle la muerte, que son innumerables; pues una vena que se rompa en el cuerpo, una apostema que reviente en las entrañas, un humor que suba á la cabeza, una pasion que ocupe el corazon, una teja que caiga de lo alto, un aire colado que penetre, un yerro de cuenta, y cien mil otras ocasiones, abren la puerta á la muerte, y son ministros suyos. ¿Cómo puedes estar desarmado y desnudo de la gracia entre tantos contrarios y riesgos de morir? No es esta vida mas que el camino que hace el ladron desde la cárcel á la horca. Desde que nacimos estamos con sentencia de muerte. Del vientre de nuestras madres salimos, como los ajusticiados de la cárcel, y caminamos á que se haga justicia de nosotros por lo que debemos del pecado original. ¿Quién hay que sacado á ajusticiar vaya diciendo gracias, y entreteniéndose en el camino? No somos todos los hombres sino como muchos ajusticiados que van á la horca por diferentes calles, que ellos no conocen, ni saben, si van derechos ó por rodeos. Todos vamos á parar á la muerte; mas ¿quién sabe si va por rodeos ó camino derecho, si ha de llegar presto ó tardarse mas? Lo que puedes saber es que estás en el camino, pero no que esté lejos; y asi debes temer que encontrarás luego con ella, y estar siempre aparejado, y no admitir gusto de esta vida. Bastaba este riesgo de poder morir luego, para nunca estimar gusto de la tierra. El rey Dionisio de Sicilia, para desengañar á un filósofo que tenia por suma su felicidad, pues no le faltaba nada de gusto ni regalo, mandó ponerle una mesa con platos regaladísimos, y todos los entretenimientos, cuantos podia desear, y luego que se sentase en tal parte, donde estaba pendiente sobre él una espada muy afilada y aguda, pendiente solamente de una cerda de caballo. Bastó este riesgo solo para que aquel filósofo no pudiese comer bocado, ni gustar cosa de toda aquella fiesta. Pues no está mas segura tu vida; ¿cómo puedes gustar de gustos del mundo? Quien por momentos está aguardando morir, en ningun momento debia gustar de la vida. Por cierto que esta consideracion solamente bastaba (como advierte Ricardo) para quitar el gusto de todos los gustos de la tierra. Un grande peligro ó temor basta para quitar la advertencia á mayores gozos, para que no se sientan. ¿Y qué mayor peligro que el de la eternidad?

Esta incertidumbre de la muerte es para que aciertes á despreciar esta vida, y disponerte para la otra. El poder morir siempre, es para que siempre estés aparejado. ¿Qué es la muerte, sino el camino de la eternidad? Gran jornada tienes que hacer; ¿por qué no te previenes con tiempo, y mas no sabiendo cuándo te han de forzar á partir? Porque no

sabia el pueblo de Dios cuándo había de marchar, siempre estaba á punto de camino los cuarenta años que estuvo en el desierto. Tú estás siempre aparejado, porque no sabes si partirás hoy. Mira que hay mucho que hacer en morir; disponte con tiempo para hacerlo bien, que para esto eran necesarios muchos años. Pues si no sabes si tendrás un día, ¿por qué no te dispones hoy? Si cuando haces una jornada breve, despues de bien prevenidas las cosas, hallas ordinariamente que se te olvidó alguna, ¿cómo para jornada tan larga, como es la region de la eternidad, piensas que estarás bien apercebido no aparejándote jamás? ¿Quién hay que no desee le coja la muerte siquiera dos años despues de haber servido con fidelidad á Dios? Pues si no tienes seguro uno, ¿por qué no empiezas luego? No te fies en la salud ó mocedad; porque muchas veces viene la muerte á traicion, y acomete cuando menos la mirares, porque, segun dijo Cristo nuestro Redentor, vendrá en la hora que no se piensa. Y el Apóstol dijo (1): Que el dia del Señor vendrá como el ladron viene de noche, sin que nadie le sienta, y cuando duerme á sueño suelto el señor de la casa. No te prometas el dia de mañana, que no sabes si vendrá la muerte esta noche. El dia antes que saliesen los hijos de Israel de Egipto, ¿cuántos señores mayorazgos de aquel reino se prometerian hacer ó alcanzar grandes cosas al otro dia ó en aquel año? Pero ninguno llegó á la mañana vivo. Cuerdamente hacia Mesadamo (como escribe Guidon Bituricense), que convidándole uno, para que comiese el otro dia con él, respondió: Amigo mio, ¿para qué me citais para mañana, pues ha muchos años que no me he atrevido á prometer el dia siguiente, y cada hora espero la muerte? No hay que fiar de las fuerzas del cuerpo, ni de los pocos años, ni de las muchas riquezas, ni de las esperanzas humanas. Oye lo que dice Dios por el profeta Amós (2): *En aquel dia se pondrá el sol á mediodía, y hará que se llene de tinieblas la tierra en el dia de su lucimiento.* ¿Qué es ponerse el sol á mediodía, sino que cuando piensan los hombres que están en la mitad de su vida y en la flor de su edad, cuando esperan vivir muchos años, y tener grandes riquezas, y casarse ricamente, y lucir en el mundo, entonces viene la muerte, y lo pone todo de luto en el dia de mas lustre, como aconteció en aquella historia que trae Alejandro Faya (3)? Ladislao, rey de Hungría y Bohemia, envió una embajada solemnisima al rey Carlos de Francia para que trajesen y viniesen sirviendo á una hija suya que estaba ya desposada con el príncipe su hijo. El principal embajador de esta jornada era Udebrico, obispo pasaviense, para cuyo acompañamiento se escogieron doscientos caballeros principales de Hungría, doscientos de Bohemia, y otros doscientos de Austria, todas per-

(1) I Thes. v. Dies Domini, sicut fur in nocte, ita veniet. — (2) Amos, VIII. In die illo occidet sol in meridie, et tenebrescere faciam terram in die luminis.

(3) Alexandr. Faya, tom. 2.

sonas señaladas en nobleza. Iban tan ricamente vestidos, y con tal aparato, que cada uno de ellos parecia digno de corona y cetro real. El Obispo además de esto escogió otros cien caballeros de sus súbditos. De suerte que salieron para Francia setecientos caballeros riquísimamente aderezados. Y para que del todo fuese grandioso el acompañamiento, fueron tambien en su compañía cuatrocientas doncellas muy hermosas y ataviadas con costosísimos aderezos de joyas y vestidos. Las carrozas todas llevaban tachonadas de oro, y cuajadas de finas piedras preciosas. Sin esto eran infinitos los dones y ricos vestidos que traian, para hacer presentes con ellos. Pero el dia mismo que esta solemne embajada entró en París, antes que se sentasen en la pieza donde se había de hacer el recibimiento, llegó correo con nueva de la muerte del desposado. Fue tal el dolor que atravesó el corazón del Rey con tan no pensada nueva, que no pudo dar respuesta ninguna á la embajada, ni hablar al Embajador ni á los que le iban acompañando; y así se partieron tristísimos de París, y cada cual se fué á su casa. De aquesta manera sabe Dios por medio de la muerte llenar de tinieblas y luto la tierra en el dia de mas lucimiento, como dice su Profeta.

Pues no sabes cuándo has de morir, piensa que puedes morir hoy, y está siempre dispuesto para lo que siempre puede venir: confía en la misericordia de Dios para implorarla luego; mas no presumas el dilatar tu conversion un momento. ¿Qué sabes si te dará tiempo para que la puedas invocar, ó si despues de invocada merecerás ser oido? Sábetete que la misericordia de Dios no está prometida á los que se fian de ella para pecar con esperanza del perdon, sino á los que temiendo la justicia divina cesan de pecar. Y así dice san Gregorio (1): *La misericordia de Dios omnipotente se olvida de aquel que se olvida de la justicia de Dios omnipotente; porque no podrá hallar á Dios misericordioso quien no le teme justo.* Por esto se repite tanto en la sagrada Escritura que la misericordia de Dios es para los que le temen. En una parte se dice: *La misericordia del Señor desde lo eterno y hasta la eternidad es sobre los que le temen.* Y en otra: *De la manera que tiene misericordia el padre de sus hijos, tiene Dios misericordia de los que le temen.* Otra vez dice: *Segun la altura desde la tierra al cielo, corroboró su misericordia sobre los que le temen.* Finalmente, la misma Madre de misericordia dijo en su divino cántico que la misericordia del Señor sería *de generacion en generacion para los que le temen.* ¿Ves como la misericordia divina no se promete á todos, y como quedarás excluido de ella mientras presumieres de ella, y no temieres la justicia? Pues ¿qué temor de la justicia será, que pudiéndote morir hoy, dilatas tu conversion para despues de algunos años,

(1) Gregor. in Moral. Omnipotentis Dei misericordia illius obliviscitur, qui omnipotentis Dei justitiæ fuerit oblitus, quia misericordem Deum invenire non poterit, qui eum justum non timet.

cuando los vicios no tanto los dejes tú, cuanto ellos te dejarán? Mira lo que dice san Agustín: *La penitencia de la muerte es muy peligrosa; porque no se halla en la sagrada Escritura sino uno, esto es el buen ladrón, que en su muerte tuviese verdadera penitencia. Este se halla, para que nadie desespere; pero hállese solo, para que nadie presuma; porque en el hombre sano la penitencia es sana, en el enfermo enferma, en el muerto muerta.* Algunos se han con Dios como el rey Dionisio con la estatua de Apolo, á la cual quitó una capa de oro que tenia, diciendo: Esta capa ni es buena para invierno ni para verano; porque para verano es pesada, y para invierno fria y sin abrigo. Así son algunos que no hallan tiempo conveniente para servir á Dios. En la mocedad dicen que es muy temprano, y que se ha de dar á la edad su tiempo, que cuando viejos tratarán de veras de virtud, y que no se ha de enflaquecer con penitencias el vigor de la juventud, porque quedan enfermizos siempre, y no son de provecho toda la vida; pero llegando la vejez, si acaso llega, dicen que están llenos de achaques, y que no tienen fuerzas para hacer penitencias. De esta suerte quieren engañar á Dios; mas ellos mismos se engañan. Al apóstol Santiago no le parece bien el modo de hablar: *Mañana irémos á tal ciudad, y estarémos allí un año; porque no sabemos lo que será mañana. Pues si aun hablando de cosas temporales no es bueno decir mañana lo haré; el procurar la salvacion del alma, ¿cómo puede uno decir de aquí á diez años ó veinte, cuando sea viejo, pues quizá nunca lo será? ¿De qué sirve dilatar á mañana lo que tanto importa que sea hoy, pues importa tanto que sea, y podrá ser que mañana no sea, si no fuere hoy?* En este engaño estaba san Agustín (1), y así dice: *Sentía que era detenido, y repetía estas voces: Miserable, ¿hasta cuándo, hasta cuándo? Mañana, y mañana; ¿por qué no será esta hora el fin de mi torpeza? Esto decía, y lloraba con muy amargo sentimiento de mi corazón.*

§ III.

Sobre la incertidumbre de la muerte se añade el ser una; porque no se puede enmendar el yerro de morir mal con morir bien segunda vez. Dios dió al hombre doblados los sentidos y otras partes del cuerpo: dióle dos ojos para que si le faltase uno le quedara otro de que servirse; dióle dos oídos para que ensordiciendo del uno pudiera suplir su falta con el otro; dióle dos manos para que despues de perdida la una no estuviese todo perdido, pero muerte no le dió sino una, y si aquella sale mal, somos del todo perdidos. ¡Terrible caso! ¡Que la cosa de mas importancia que tenemos, que es el morir, no tenga prueba, ni experiencia, ni remedio! ¡Que se haya de hacer de una vez sola, en un

(1) August. Confess.

momento, pendiendo de ella la eternidad, y si se yerra la primera vez no se puede enmendar su yerro! Escribe Plutarco de Lamaco centurion que reprendiendo á un soldado por un yerro, le prometió no hacerle mas; al cual replicó el cuerdo Centurion: Bueno está eso: claro está que en la guerra no se puede errar dos veces, por el grande daño que de un yerro se puede seguir; pero si en la guerra no se puede errar dos veces, en la muerte no se ha de errar ni una, porque su yerro no tiene remedio. Si á un rústico que no hubiese disparado saeta ninguna le diesen arco y aljaba, y le mandasen tirar á un blanco muy apartado, con la condicion que si le errase de la primera vez le habian de quemar vivo, pero si le acertase le premiarian con muchos dones y riquezas; ¿en qué afliccion se viera este hombre, cuán congojado estuviera, pues estaba forzado á hacer una cosa tan dificultosa, y de la cual no tenia destreza, y en que le iba tanto, y que la habia de hacer una vez sola, sin poder enmendar con el segundo tiro el yerro del primero? Pues esta es nuestra suerte, no sé cómo nos podemos reir: nunca hemos muerto, ni tenido experiencia ni destreza de cosa tan dificultosa, y una sola vez hemos de morir, y en ello nos va la eternidad de los tormentos infernales, ó de la bienaventuranza del cielo. ¿Cómo vivimos tan descuidados y olvidados de morir bien, pues para esto nacimos, y se ha de hacer una sola vez? Esta accion, que es la mas importante de la vida, la cual hemos de hacer delante de los Ángeles, y de la cual depende la eternidad, es sin reparo ni enmienda. Las acciones humanas que se repiten son de tal condicion, que si salió mal una, otra podrá salir bien, y lo que se perdió en una, se puede ganar en otra. Si á un rico mercader se le hundió un año su nave en el océano, otro año le llegará otra cargada de riquezas, que recompense la pérdida pasada. Y si á un grande orador le salió mal una declamacion, y por eso perdió crédito, con otra lo podrá cobrar; pero en saliendo mal la muerte una vez, no puede haber otra mejor, ya no se restaurará su pérdida. Lo que es único es digno de mayor estima, pues su pérdida ha de ser irreparable. Estimemos el tiempo de la vida, pues no hemos de tener otra vida en que ganemos la eternidad. Estimemos aquello con que podemos hacer una muerte preciosa, ó, por mejor decir, vida y muerte preciosísima, aprendiendo en la vida á morir. Bien dijo un piadoso Doctor: Si todos los que han de ejercitar un oficio ó hacer alguna cosa de importancia (y aun de solo gusto, como es el danzar y bailar) estudian primero cómo lo han de hacer, ¿qué razon hay para que no se estudie el buen morir, siendo la mas difícil é importante cosa de cuantas hay en el mundo? Si un hombre estuviese obligado á dar un salto muy dificultoso, con esta condicion, que si saltase bien le diesen un reino muy opulento y rico, y si saltase mal fuese esclavo y remero perpétuo, sin duda ninguna que se prevendria para dar bien el salto, y se ensayaria antes que llegase el tiempo señalado para el efecto, de que tan diferen-

tes suertes esperaba. ¿Cuánto mas diferentes son las que se esperan del salto que hemos de dar de la vida á la muerte, pues los reinos de la tierra comparados con el del cielo son basura, y el remar en galeras comparado con el infierno es gloria? Cuando el salto es largo y peligroso, suele el que ha de saltar, para darle mejor, tomar la carrera de atrás. Pues sabemos que el salto de la vida á la muerte es tan peligroso y largo, razon será que para darle mejor tomemos la carrera desde el principio de nuestra corta vida, desde que comienza en nosotros el uso de la razon, y conozcamos por ella que es vida mortal la que vivimos, y censo al quitar, y que hemos de pagar réditos y principal, cuando menos pensáremos. El dia en que coronaban al Emperador acostumbraban los antiguos (segun refiere san Juan Elemosinario) presentarle en manos de los arquitectos mas primorosos de aquel tiempo unos pedazos de diferentes mármoles para que escogiese de ellos el que mas le contentase para fabricar su sepulcro, dándole á entender que habia de durar tan poco su imperio, que era menester comenzar luego su sepulcro, para que se acabase antes que se le acabase la vida; y que no podria gobernar bien á sus vasallos, si no se gobernaba á sí con la memoria de la muerte, y á todos los demás avisaron con esta ofrenda misteriosa, que cuando comenzase en nosotros el imperio y dominio de nuestra alma (que es el uso de la razon) tratásemos luego de nuestra muerte, entendiendo que en el aparejo de ella consiste el buen gobierno y la perfeccion de la vida. La perfecta vida, dice san Gregorio (1), es meditacion de la muerte. Aquel tiene la vida perfecta, que la gasta en estudiar en la muerte. Aquel vive bien, que aprende y estudia cómo ha de morir, y el que no sabe esto no sabe nada, ni le son de provecho las demás ciencias. ¿Qué le aprovechó á Aristóteles todo cuanto estudió y todo cuanto supo? Nada. Así lo confesó estando cercano á la muerte, cuando rogándole sus discípulos que les dijese alguna sentencia notable, pues tantas habia dicho y escrito en vida, respondió esta: Entré con pobreza en este mundo, viví con miseria, y muero con ignorancia de lo que me importaba saber. Dijo bien, porque no habia estudiado cómo habia de morir. Muchos discípulos tiene Aristóteles de las ciencias que supo: muchos le siguen en sus opiniones; pero muchos mas le imitan en esta ignorancia que tuvo de la muerte.

Ganemos el tiempo en que podemos ganar la eternidad, porque una vez perdido, perderemos el tiempo de esta vida y la eternidad de la otra. ¿Cuántos millones de hombres están en el infierno que despreciaron el tiempo mientras estaban en el mundo, y ahora padecieran por un millon de años y aun por un millon de millones cuantos tormentos se padecen en el infierno porque les diesen un instante de tiempo, en que pudiesen ganar la vida eterna de la gloria haciendo penitencia, y no ten-

(1) Lib. 12 Moral.

drán remedio? Y tú no instantes de tiempo pierdes, sino horas, dias y años. Mira lo que diera un condenado por este rato que tú pierdes para poder salir del infierno. Guarda no te veas tú con el mismo pesar cuando no tendrás reparo del tiempo que ahora desperdicias. ¡Oh locos, cuántos buscan vanos entretenimientos para pasar el tiempo, como si el tiempo no tuviera ese cuidado de pasarse, aunque ellos no quieran! Pásase y vuela el tiempo de esta vida; ¿y tú no quieres granjear la otra? Mira que en tiempo puedes ganar eternidad; no mires la pérdida de tiempo solo como pérdida de tiempo, sino como pérdida de eternidades, pues en un instante de tiempo puedes ganar infinitos instantes de lo que has de gozar los siglos de los siglos. Poco es para ganar premio eterno el tiempo de esta vida, que pasa mas ligero que el viento. Mira que no pierdes tiempo la velocidad con que viene la muerte tras tí, pues aun mientras tú duermes corre ella, y tú te atreves á estar ocioso. *Tú duermes*, dice san Ambrosio (1), *y el tiempo anda*. No estés un instante parado, pues puedes en él ganar mas cielo. Mercado y ferias de la eternidad es el tiempo, como dice el Nazianceno: no dejes de lograr el barato; porque en pasándose esta vida no hay ocasion de merecer, y mira que es corto el plazo en que dura el granjear, y la ganancia ha de ser eterna. Oye lo que te enseña un gentil que no conoció este bien del tiempo de ganar en él la eternidad; y con todo eso dice (2): *No nos dió la naturaleza tan liberal el tiempo que haya lugar de perder alguna partecita de él; y considera cuántos tiempos pierden aun los muy diligentes: á unos les ocupa algun tiempo la falta de su salud ó de los suyos; otro tiempo los negocios necesarios, otro las ocupaciones públicas; tambien el sueño nos divide la vida. Pues de este tiempo tan estrecho y tan veloz, ¿qué nos aprovecha gastar en vano la mayor parte?* El mismo autor aconseja (3) que hemos de porfiar en vencer la ligereza del tiempo con la diligencia de su buen uso y empleo. Sin conocimiento de fe dijo esto Séneca, sin saber que con un instante de tiempo se podia granjear una eternidad de gloria. ¿Qué debemos hacer nosotros con la luz del cielo que tenemos y la noticia de los bienes eternos y con las amenazas del infierno? Vivamos siempre muriendo, y cada instante de tiempo entendamos que es el último: con esto no perderemos el tiempo tan precioso, y ganaremos lo eterno. Acordémonos de lo que dijo san Juan Climaco (4): *No se pasa el dia presente bien, si no es que pensemos que esta hora es la última de toda nuestra vida. Aquel es bueno que cada hora aguarda la muerte; pero aquel es santo que todas las horas la desea.*

Por lo menos tratémonos como mortales: creamos que lo somos mostrando con nuestras obras que sabemos que hemos de morir, y que

(1) Ambr. in Ps. i. Tu dormis, et tempus ambulat. — (2) Seneca, ep. 119.

(3) Lib. de brevitate vitæ. Cum celeritate temporis utendi celeritate certandum est.

(4) Climac. grad. 6.

ha de topar con fin nuestra vida. Pidamos á Dios lo que suplicaba David (1): *Señor, haced que conozca mi fin*. Claro está que hemos de morir, claro está que no sabemos cuándo, claro está que no ha de ser mas que una vez; pero va mucho (como nota san Ambrosio) cuando nos lo dice Dios, á cuando lo discurrimos nosotros. Persuadámonos que nos hemos de morir, y no sabemos cuándo: que esto ha de ser una vez sola, sin tornar á coger en las manos el tiempo que una vez salió de ellas. Avergoncémonos de lo que un gentil dice, que hemos de nacer con la memoria de estas tan notables condiciones de la muerte, aconsejándonos á obrar bien. El emperador Marco Antonio da estos admirables consejos en su filosofía: *Repara en el fin del tiempo que tienes señalado, el cual si no le gastares en procurar la paz de tu ánimo, se te pasará y no volverá, y mas despues de difunto. Cada hora solicita tu ánimo para obrar con fortaleza, como conviene á un varon romano, con una perfecta y no fingida gravedad, humanidad, liberalidad y justicia, y entre tanto aparta á tu ánimo de todo otro pensamiento: lo cual harás si de tal manera hicieres cualquiera obra y negocio, como si fuera el postrero de tu vida, para que no admittas vanidad alguna*. Este es admirable consejo: pues sabes que has de morir, y no sabes cuándo, haz cada obra como si fuera la última que acabándola de hacer hubieses de espirar. Sobre todo procure uno quitar pecados, quitar malas inclinaciones, quitar los pensamientos de la tierra, y levantarlos al cielo juntamente con su corazon y afecto, que siempre sea recto y puesto en Dios. Un árbol que está torcido, hácia allí cae cuando le cortan á donde estaba inclinado. Si no está uno inclinado al cielo cuando vive, ¿á dónde puede caer en muerte? Tema que al infierno.

CAPÍTULO III.

Del momento que está en medio del tiempo y eternidad, y como por ser fin del tiempo de esta vida un momento, es por eso terribilísimo.

Debemos tambien considerar, lo que es sin duda asombro, todo lo que ha de pasar en el momento de la muerte, para el cual nos dan el tiempo de esta vida, y del cual depende lo eterno de la otra. ¡ Oh tremendo punto, que es fin del tiempo y principio de la eternidad! ¡ Oh espantoso instante, en el cual se cierra el plazo de esta vida, y se determina el negocio de nuestra salvacion! ¡ Oh momento del cual pende la eternidad, cómo debes estar ahora con provecho en nuestra memoria, para que no estés despues con nuestro arrepentimiento y sin utilidad alguna! ¿ Cuántas cosas han de pasar en tí? En un instante se acaba esta vida, y en él se revuelven todas las obras de ella, se da la sentencia que se ha de ejecutar eternamente. ¡ Oh último momento de la vida y primero de la eternidad, qué

(1) Psalm. xxxviii.

temeroso eres; pues en tí no solo se deja la vida, pero se da cuenta de ella, y se entra en region no conocida! En un momento tengo de dejar de vivir, en él tengo de ver á mi Juez, en él se me han de mostrar mis pecados con toda su gravedad y muchedumbre; en él se me ha de hacer estrecho cargo de todos los beneficios divinos, y se ha de pronunciar la sentencia de mi salvacion ó de mi condenacion eterna. Asombro es que para tan importantes casos no se dé mas tiempo que un punto de tiempo, y que no haya lugar de réplica, ni diligencia, ni apelacion. ¡ Oh tremendo momento del cual pende tanto! ¡ Oh momento el de mas importancia que tendré en tiempo y eternidad! Admirable es la suma sabiduría de Dios, que puso un punto en medio del tiempo y de la eternidad, al cual se endereza todo el tiempo de esta vida, y del cual depende toda la eternidad de la otra. ¡ Oh momento que ni eres tiempo ni eres eternidad, sino horizonte del tiempo y la eternidad, que partes lo temporal y eterno! ¡ Oh qué estrecho momento y qué dilatado punto, donde se concluyen tantas cosas, y se da tan estrecha cuenta, donde se oye tan rigurosa sentencia, que se ejecutará siempre! ¡ Extraño caso! Que el negocio de la eternidad se haya de absolver en un momento, sin dar lugar á diligencia, cuando no podrás acudir á los Santos del cielo ni á los sacerdotes de la tierra: ni aquellos rogarán por tí, ni estos te darán absolucion; porque el rigor del Juez en el punto que espire no dará lugar á misericordia. San Juan dice (1): Que de la presencia del Juez huirá la tierra y el cielo. ¿ Qué podrás tú hacer, que no podrás huir, y eres contra quien es el pleito? Dícese que huirá en aquel punto el cielo y la tierra; porque ni los Santos del cielo te favorecerán con sus intercesiones, ni los sacerdotes de la tierra te podrán acudir con los Sacramentos de la Iglesia, porque de nada habrá lugar, ni habrá quien te ayude. ¡ Qué diera entonces un pecador por poder pedir confesion! Ya no habrá lugar de nada, y lo que entonces te estuviera bien y ahora desprecias no podrás hacer. Prevente en tiempo cuando te puedes ayudar, y no aguardes al punto donde nadie te ayudará: ahora puedes ayudarte, ahora quieren los Santos favorecer-te: no aguardes al momento donde ni tú podrás, ni los Santos querrán.

¿ Qué pasmo y asombro no ha de causar cuando en aquel punto del juicio de Dios esté un pecador sin remedio ni esperanza de librarse en poder del dragon infernal que asirá su alma y llevará á la cueva del abismo? Acordémonos y temamos de lo que temió y dijo del demonio el Profeta (2): *No arrebatte alguna vez como leon mi alma, mientras no haya quien me libre ni quien me haga salvo*. ¡ Oh qué tremendo caso verse en manos de Lucifer, no solo desamparado de los hombres, sino de los Ángeles, de la Reina de hombres y Ángeles, y del Padre de misericordias! Prevengámonos con tiempo para lo que se ha de hacer en un punto y ha de durar por una eternidad. ¡ Oh momento! ¡ oh momento terrible y es-

(1) Apoc. xx. — (2) Psalm. vii.